

MEDITACIONES

La mala "semilla"

Cuando tras una jornada intensiva y ¡quién sabe si también violenta!, en la que han intervenido, al unísono, todas nuestras energías, llegamos a nuestro hogar y nos encontramos, frente a frente, con la acogedora soledad del retiro, rendidos, sin ánimo de sumirnos en la lectura, entonces brotan de un lugar recóndito de nuestro espíritu, las ideas que alguien pudiera tachar de pesimistas. Sin embargo, bien al contrario, en lugar de tener tal sentido, representan la visión real del momento pasado. Este instante efímero, capaz de reducirnos infinitamente en presencia de nuestros ojos interiores, es, a la vez, originario de un pensamiento humanista que nos hace tan grandes como el mundo, por que en estos momentos, al observarnos a nosotros, contemplamos a la humanidad.

Sentimos lástima hacia el hombre; los adalides nacionales nos provocan compasión. ¡Es tanto el vocerío! Cuando emerge a la superficie de la consciencia esta reclamación, esta visión real que en determinadas circunstancias se nos permite receptor, nos asalta un pensamiento, y nos decimos: ¿Soy algo? ¿Soy nada?

Y se comprende que así sea. El desgaste excesivo del léxico termina con la fuerza exterior, cuya base primordial es el «yo» relativo, la cosa accidental y dependiente.

En el orden político el poderío del hombre se manifiesta en su facultad de arrastrar una masa para colocarla frente a otra. La disparidad de ideas entre éstas, dan nacimiento al mecanismo generador del odio, y cada palabra emitida lleva en sí la mala semilla, el insulto más o menos explícito y la tenacidad irritante de una oposición que culmina, en muchas ocasiones, en el sacrificio de la verdad.

Pues bien: ¿no hay hombre que no crea mejor, para acabar con el griterío, con la destrucción, un pequeño sacrificio de su parte, mediante una reciprocidad? Si en estos momentos de meditación somos todos tan iguales, ¿es que no vamos a encontrar la fórmula que nos haga felices?

Un poquitín de democracia por parte de sus defensores, no resultaría del todo mal...

Para gobernar a los españoles se necesitan amigos del pueblo, que comprendan nuestro carácter, que en lugar de arrastrarnos tras sí, sectorialmente, nos una a todos, y... ¿por qué no decirlo? ¡Qué sean patriotas! Que pongan el nombre de España, de la gran familia hispana, por encima de toda ideología importada.

Bien sabemos que la mala semilla brota rápidamente. Ejemplo notorio es el momento que estamos «atravesando»; pero tenemos puestas nuestras esperanzas en un adagio bien conocido: «No hay mal que dure cien años». A él le añadimos ese otro también respetable por su antigüedad: Tras la tormenta viene la calma.

Así, pues, considerando a la vejez como el mejor archivo de las experiencias de nuestros antepasados, seamos optimistas. Y «A mal tiempo buena cara» que «cuando vengan las lluvias las liebres correrán».

Francisco CASTELLO

NOTAS DE MI BLOC

CULTURA Y DEPORTE

El club, es pobre. Se reducen sus bienes a una percha en la secretaría del Casino del pueblo, y a los largueños del campo del juego. El campo de juego, son las eras comunales, destinadas los domingos, y las fiestas, al menester balompédico. El público, de pie o sentado en los ribazos próximos, presencia los partidos. El espectáculo, pues, es gratuito.

Contienden con los jugadores locales, «equipos» de los pueblecitos vecinos. Y, alguna vez, para la Fiesta Mayor, ha venido alguna tropa futbolera de la capital.

Los jugadores, se visten de tales en la secretaría del Casino. Cuelgan el traje campesino, o ciudadano, de la percha propiedad del club, y descuelgan el calzón y la camiseta; roja ésta, blanco aquél. Es decir: ahora, los colores primitivos han desaparecido bajo la acción del sudor, el polvo, el agua y el sol, y ha tomado el vestido una uniformidad sucia.

Ataviados de deportistas, los gañanes —revuelta pelambre, piés monstruosos, manos de simios—, toman un aspecto desagradable, que nada tiene que ver con el arquetipo juvenil, limpio y alegre, del atleta.

Pero cada uno de ellos se cree un Adonis por lo bonito, un Apolo por la exactitud hermosa de las proporciones, y un Hércules por lo fuerte. Son, sin embargo, Narcisos nada más. Lamentables Narcisos pueblerinos, que ciñen su calzón hasta mostrar las nalgas, y tienen veleidad femenina... a puro querer tener veleidades viriles.

Del casino al campo de juego, hay que recorrer, cuesta abajo, medio kilómetro de carretera. Y que pasar por una fuente, en la cual se detienen los jugadores, al ir y al venir, para hacer monerías ante las mozas, que van a verles jugar, o que regresan de verles.

Al ir, toman un buche de agua, se enjuagan la boca, lo lanzan al aire y lo reciben encima, dando gritos, o escapan, para librarse del remojón, como vieron en alguna película cómica. Luego emprenden un trotecillo, que no termina hasta llegar al campo, donde entran con aire que aprendieron de los «ases», entrevistados en el «cine», también, o en los periódicos ilustrados. Al volver, se quitan la camiseta, para ducharse en la fuente, para exhibirse más, pesarosos de no poder hacerlo del todo.

Y siempre, al ir y al venir, hay sinfonía de regüeldos, tras el trago, y de risas y blasfemias.

Los abuelos, los padres de estos muchachos, santificaban las fiestas pasando la tarde en la taberna; ellos, evidentemente, no van a la taberna, y dedican a la «cultura física» una atención que sus antecesores desconocían. Pero la biblioteca del Casino sigue vacía, y ya se habla de instalar un «bar americano», para beber mezclas de licores, ya que no vinillo de la tierra.

Cultura física. Bien. Pero no estaría de más un poco de la otra; de la que desconocen estos inconscientes, o subconscientes, Narcisos pueblerinos.

Domingo de FUENMAYOR

Bernardo Perea

Tras una cadena de triunfos durante el bachillerato; después del ingreso en la Universidad, felicitado por el Decano y propuesto para premio; pasado un curso de sana alegría en el quehacer, Bernardo Perea Morales acaba de ingresar en la madrileña Facultad de Filosofía y Letras. Pero no es sólo por su aspecto de hormiga por lo que nos envanece su triunfo, sino por el de abeja, por el de creador, es que de artista del mañana. Perea es el mejor poeta que se ve venir, a grandes pasos. Presentado por su profesor Muñoz Fiol en el último «Salón de Otoño» expuesto en este columnario, Perea Morales, antes y después de la fecha citada, ha venido dando a la luz y al aire recios poemas de su hora. «Todo artista es de su época aunque no quiera», dijo Pérez de Ayala. Contra esto, sólo existe una cosa: no ser artista. Por eso ladraban los perros de la fábula de Benot. No importa. ¡Adelante, muchacho! Los canecillos de los versificados y de los aleuyeros tienen bastante con su intemible rabia...

Felicitemos a los padres de nuestro querido amigo, así como a nuestro vecino solar de Torre nueva, que ha tenido la suerte de que nazca en su cielo ese anuncio de luz.

“La Noria del Agua Muerta”, por Juan Alcaide Sánchez

En repetidas ocasiones hemos oído hablar de este tercer volumen de versos, compuesto por Juan Alcaide Sánchez. Al fin ha visto la luz pública, y podemos asegurar que no eran exageradas las alabanzas que se hacían del libro.

En este caso la parte externa de la edición, está más en armonía con la calidad de los versos que en las anteriores publicaciones del poeta. Ciertamente no es la forma, sino el fondo, el elemento más importante de una obra cualquiera; pero no comprendemos el desdén por la forma, cuando tanto contribuye a la atracción inicial necesaria para que el lector se adentre por las páginas de un libro.

La Noria del Agua Muerta ha sido editada en Madrid, Ediciones Yunque, y dirigida la impresión por Enrique Prieto, que ha probado magníficamente su experiencia en estos menesteres tipográficos.

La portada es obra de otro artista manchego, Gregorio Prieto, triunfador durante varios años por toda Europa; el pintor y el poeta han rendido mutuo tributo a su amistad, y a la ofrenda del primero ha respondido el segundo dedicándole una de sus más bellas poesías.

La Noria del Agua Muerta es un libro que han de leer todos los valdepeñeros. Porque, a pesar de cuantos elogios quedan escritos más arriba y el lector dirá después si son o no son exagerados nada hemos dicho sobre el mérito literario de la nueva producción poética. De esta última parte ya se ocuparán en nuestras columnas plumas más autorizadas que la nuestra; pero sí nos atrevemos a asegurar que la obra de Juan Alcaide representa la madurez de su arte y la definitiva consagración de nuestro paisano entre las más ilustres figuras de nuestra Poética Nacional.

TRISTEZA

«A mis compañeros del grado profesional del Magisterio y como un sollozo lírico».

¡Ya todo ha terminado! exclamo mientras una línea de tristeza quiebra mi frente y quiebra también mi voz.

Lo que vivimos hasta ayer, ya empezamos a paladearlo con cierto sabor de lejanía en la lengua. Recuerdo que éramos estudiantes. ¡Y recuerdo también tantas cosas!...

Ya se acabaron las líricas serenatas que inundaron nuestra vida de románticos trasnochadores! ¿Las recordáis?

Mientras un violín con sueño desgranaba en cadencias de infinitos los misterios de las noches perfumadas, todos nosotros con el mismo pensamiento clavado en el cráneo, intentábamos barrenar la oscuridad para percibir tras el visillo tembloroso a la gentil damita que todos conocíamos y por la que quizá alguno de los allí presentes suspirara. Ante el cruel mutismo de los ventanales silenciosos languidecía la música, mientras la luna nos lanzaba, irónica, una intensa risa de luz.

Otras veces éramos más afortunados. No se habían apagado aún las alegres tonadas con que instrumentos distintos anunciaban heráldicamente nuestra presencia cuando, tras un chirrido apagado de hierros, veíamos recortarse la femenil silueta que buscaban ansiosos nuestros corazones para rendirle el tributo musical de nuestros violines... Y entonces éramos dichosos: Surgía la galantería fogosa y apasionada, la canción impregnada de lirismos y sentimientos; y hasta el recitador espontáneo que modulaba armonías de palabras con fuego en las pupilas y en los labios sedientos de amor.

¡Qué dichosos tiempos!... La noche avanzada nos anunciaba la terminación de nuestros idilios sentimentales. Y entonces un café oscuro y romántico como nuestras vidas apagaba la fiesta de la serenata y encendía el calor de los sentimentalismos.

Un vino sucio tenía la virtud de inspirar nuestros brindis que siempre eran los mismos. Y en este vino sucio emborrachábamos suspiros, enredamos ilusiones y tejimos confidencias con grises melancolías y esperanzas rosadas.

En la mísera estancia con olores a bohemia borracha, pasamos las más dichosas horas de nuestra vida moza.

El vino áspero del tabuco corría frenético por nuestras gargantas lijadas por el cansancio y por la sed, mientras las azulencas pompas de humo iniciaban la danza fantástica de formas, que paulatinamente se iban luego desvaneciendo en la pesadez del ambiente después de abrazar nuestro rostro con una caricia desagradable.

Y en medio de la bacanal ruidosa siempre había lugar para que surgiera la frase encendida o el comentario sentimental.

¡Hoy ya todo se acabó! La zarpada del tiempo, aprisionando nuestras vidas, las va a enlazar por rumbos distintos.

Ya se acabaron las alegres novatadas que desplegando el ingenio descorchaban nuestra risa. También apagó la distancia y el tiempo, el encanto de aquellos ojos negros brillantes y sedientos que tanto nos hicieron suspirar...

Dentro de poco, gravitando sobre nosotros una misión noble de educadores, nos perderemos en el calle de misterio de nuestros pueblecitos,

NEBLINA

Las piernas, tersas, de seda; los zapatos, de charol. Cabellos de terciopelo, mitad de vino y limón; cara pálida de luna, de una luna sin color. Talle de azucenas puras partido, místico, en dos, y el cuerpo mármol sin fondo como la estatua de un dios.

En la mañana de otoño fué sonámbula visión. De forma pura y colores mi niebla se alimentó.

Bernardo PEREA MORALES

Nuestro Instituto Nacional

Valdepeñas 20 de junio de 1936.

Sr. D. Lorenzo Arias Castedo. Presente.

Querido amigo:

Deseo que publiques esta carta en tu periódico, a fin de orientar a la opinión sobre la cuestión planteada en el número 519 de tu semanario, con una llamada de alarma sobre el porvenir de nuestro Instituto y para mayor brevedad expondré dos puntos esenciales:

1.º—No se debe afirmar que el señor Delegado del Ministerio dijese que se corría el riesgo de suprimir el Instituto por no estar instalado en local propio, pues lo cierto es que dicho señor, me manifestó la buena impresión que le había producido el mismo, y lo muy arraigado que estaba en nuestra región este Centro, por lo que es fácil comprender que su informe no habrá sido pesimista, limitándose en lo que respecta al edificio, a reseñar las dependencias del mismo y la capacidad de sus aulas.

2.º—El problema del edificio para Instituto no se puede demorar, y por ello, debo hacer constar las continuas gestiones que he realizado, secundado por el Claustro de Profesores y la Asociación de Padres de alumnos, para conseguir que el Excmo. Ayuntamiento, se diera cuenta de lo urgente del caso, y resolviera en consecuencia, y es justo hacer constar que existe el propósito de resolverlo.

3.º—La ocasión es oportuna, pues existe en el Ministerio de Instrucción Pública una Comisión encargada de dotar de edificios adecuados a los Centros de 2.ª Enseñanza mal instalados y todo se reduce a ofrecer al Estado un solar apropiado.

Termino expresando mi firme propósito de contribuir a que Valdepeñas, que tiene demostrado su entusiasmo por el Instituto, pueda sentirse satisfecho al ver realizado lo que tanto desea. Confío en que todos han de cooperar a la obra, pues para todos ha de ser el beneficio, ya que el Instituto, no sólo cumple la misión de extender la cultura, sino que es causa de considerables ingresos para el comercio en general de Valdepeñas.

No es posible desentenderse de tan importante problema, sin exponerse a la impopularidad.

Te saluda y te dá las gracias por todo, tu buen amigo

Alfonso Caro-Patón

y del bullicio inquieto de nuestra vida estudiantil sólo nos quedará el recuerdo de las horas dichosas que pasaron.

Ignacio CRESPO

Valdepeñas, junio 1936.